

ORACIÓN

O Dios Padre, fuente de toda vida y de todo ser, Tú nos enviaste a tu amado Hijo para mostrarnos tu amor a nosotros, y derramaste tu Espíritu para revelarnos al Padre y al Hijo:

comunícenos tu misterio de vida y de amor inmensos; y haznos vivir de Ti, pozo insondable de gozo y fortaleza, el único Dios que merece ser adorado y alabado en este mundo y por toda la eternidad. AMEN.

TEXTO

LUCAS 11,29-54

«²⁹Pero, al apiñarse **las muchedumbres**, comenzó a decir: “Esta generación es una generación malvada. Busca *un signo* y *ningún signo* le será dado más que *el signo* de Jonás. ³⁰Porque como Jonás se convirtió en *un signo* para los ninivitas, así también **el Hijo del hombre** lo será para esta generación.”

³¹**Una reina** del mediodía será levantada cuando el juicio con los varones de esta generación y los condenará, porque vino desde las extremidades de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón, y he aquí que hay más que Salomón aquí.

³²**Los varones ninivitas** se levantarán cuando el juicio con esta generación y la condenará, porque se convirtieron al anuncio de Jonás, y he aquí que hay más que Jonás aquí.

³³Nadie pone en un escondrijo la lámpara encendida, sino sobre el lampadario, para que los que entren vean la luz.

³⁴La lámpara del cuerpo es tu ojo. Cuando tu ojo es íntegro, también *todo tu cuerpo* es luminoso; pero si es malvado, también *tu cuerpo* es tenebroso.

³⁵Así que mira que la luz que hay en ti no sea tiniebla.

³⁶Así que si *todo tu cuerpo* es luminoso, sin tener ninguna parte tenebrosa, todo será luminoso, como cuando la lámpara te ilumina con su resplandor”.

³⁷Pero, al estar hablando, **un fariseo** le rogó para que almorzase con él; pero, entrando, se puso a la mesa.

³⁸Pero **el fariseo** se asombró al ver que no había hecho primero una ablución antes del almuerzo.

³⁹Pero **el Señor** le dijo: “Ahora **vosotros, los fariseos**, lo de fuera del vaso y del plato limpiáis, pero lo de dentro de **vosotros** está lleno de rapacidad y de malicia. ⁴⁰Insensatos, ¿acaso el que hizo lo de fuera no ha hecho también lo de dentro? ⁴¹Dad más bien *lo que está dentro* como limosna y he aquí que todo es puro para **vosotros**.”

⁴²Pero, ¡ay de **vosotros, los fariseos**, que pagáis el diezmo de la menta, de la ruda y de toda legumbre y dejáis de lado el juicio y el amor de Dios!; pero es esto lo que había que hacer, sin descuidar aquello.

⁴³¡Ay de **vosotros, los fariseos**, porque amáis el primer asiento en las sinagogas y los saludos en las plazas!

⁴⁴¡Ay de **vosotros**, porque sois como los sepulcros no indicados, sobre los que andan los hombres sin saberlo”.

⁴⁵Pero, respondiendo, **uno de los legistas** le dice: “**Maestro**, diciendo eso también nos insultas a nosotros”.

⁴⁶Pero **él** dijo: “¡Ay también de **vosotros, los legistas**, porque cargáis a los hombres fardos agobiantes y **vosotros no tocáis** esos fardos ni con un solo dedo!

⁴⁷¡Ay de **vosotros**, porque edificáis los sepulcros de los profetas, mientras que vuestros padres los mataron! ⁴⁸Así sois testigos y dais aprobación a las obras de vuestros padres: ellos mataron a los profetas pero **vosotros edificáis**.”

⁴⁹Por eso, también **la Sabiduría de Dios** dijo: ‘Les enviaré profetas y apóstoles; y los matarán y perseguirán’, ⁵⁰para que se pidan cuentas a esta generación de la sangre de todos los profetas derramada desde la fundación del mundo,

⁵¹desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, pericido entre el altar y el templo. Sí, os digo: se pedirán cuentas a esta generación.”

⁵²¡Ay de **vosotros, los legistas**, que habéis quitado la llave del conocimiento; vosotros mismos no entráis y a los que querían entrar se lo habéis impedido!”.

⁵³Habiendo salido **él** de allí, **los escribas y los fariseos** comenzaron a encarnizarse terriblemente y a arrancarle opiniones sobre una gran cantidad de temas, ⁵⁴tendiéndole trampas para cazar algo de su boca».

COMENTARIO

PRIMERA UNIDAD (11,29-32)

- Lucas presenta en estos versículos a un Cristo amenazador que echa en cara a sus oyentes su falta de lucidez espiritual. La crítica se sitúa, sin embargo, sobre un fondo de generosidad y de felicidad: ¿no hay aquí algo superior a Salomón el rey y a Jonás el profeta? Hambrienta de signos, esta generación sigue estando ciega ante el signo que se le muestra, el Hijo del hombre. Lucas sitúa expresamente (v. 29a) esta intervención de Jesús en un marco público, entre la instrucción a los discípulos (vv. 1-13) y el ataque de los adversarios (vv. 37-54); después de la doble bienaventuranza (vv. 27-28), que sirve de quicio entre el episodio de Beelzebul (vv. 14-26) y nuestro pasaje (vv. 29-32). Se invita a la gente a optar por el partido de los discípulos, es decir, por el de los creyentes, y a abandonar a los adversarios.
- Diciendo que Jesús «comenzó» a hablar, Lucas indica que ha comenzado una nueva unidad literaria. La expresión bíblica «esta generación» designa ante todo al pueblo de Dios en su estado presente. Esta generación es «mala», no tanto por negligencia moral como por carencia doctrinal. No sabe reconocer la mano de Dios que está a la obra. Invierte incluso el sentido de la realidad, ya que duda en reconocer a Jesús y atribuye su poder al mundo de Satán. Se descalifica por una cerrazón de su fe.
Al distinguir entre Zacarías, que pedía un signo por falta de confianza, y María, que recibía un signo para sostener su fe, Lucas meditó ya antes en la noción de *signo*. Dios es dueño de los signos: puede tomar la iniciativa de darlos, lo mismo que puede responder positiva o negativamente a los que se los piden. Lo que importa, del lado humano, es la actitud con la que se solicita una atención divina. Así pues, la estructura bíblica del signo es compleja. En el régimen de la fe, el signo interviene como apoyo; en el régimen de la duda o de la hostilidad, se rechaza.
«Más que el signo de Jonás». Estas palabras enigmáticas han suscitado numerosos comentarios, muchas veces divergentes. Entre las diversas hipótesis, la expresión parece referirse al signo que constituyó Jonás, el profeta de Israel. Entonces conviene no solamente releer el libro de Jonás, sino percibir lo que ese profeta significaba en aquella época. No cabe ninguna duda de que era la suerte de Jonás lo que impresionaba a los espíritus: Jonás, modelo del creyente salvado. Su destino evocaba la resurrección prometida a los que creen en Jesucristo, cuyo destino recordó tan de cerca el del viejo profeta. Las palabras «más que el signo de Jonás» son una interpretación cristiana correcta de la negativa categórica de Jesús a dar otro signo que no sea él mismo. Su palabra y su vida fueron el único signo último de Dios. Como su destino estuvo marcado por la permanencia entre los muertos y su vuelta a la vida, se le comparó con Jonás. Pero Jonás no fue solamente esto; fue también el predicador, primero reacio y luego decidido, enviado a los paganos que tenían ya un apetito espiritual más agudizado que el de Israel. La doble sentencia que circula por la Iglesia primitiva sobre la reina de Saba y los ninivitas evoca *la resistencia de Israel al evangelio* y el universalismo cristiano que se impone. Jonás es también eso. Lucas es sensible a esta relación y traza de Cristo la imagen de un Jonás que invita a la conversión.
- En el v. 30, la interpretación del signo de Jonás nos plantea que lo mismo que el mensaje de Jonás tuvo éxito, también el ministerio de Jesús permite la salvación o el juicio de esta generación. Dios, según nuestro versículo, «da a su Hijo», pero su ofrecimiento tiene que ser aceptado. Por otra parte, el Hijo del hombre encarnado no es más que un signo, es decir, *no es la plenitud escatológica*. Es su anticipación, que viene en ayuda de la fe. Tal es la interpretación característica de Lucas. Más movilizante, la interpretación antropológica de Lucas interpela a los que vacilan y sitúa la opción en la encrucijada entre la muerte y la vida. Signo único, el Hijo del hombre es fuente de compromiso en Lucas.
Jonás, el extranjero entre los paganos. Jesús, el extraño entre nosotros. Nuestra xenofobia natural puede costarnos muy cara. Sin embargo, Dios ha puesto este signo entre nosotros para nuestro bien. Ya no pondrá otro; pero este nos lo ha «dado». Probablemente no es el que pedíamos. Quizás ni siquiera pedíamos un signo. La llamada lucana a la «conversión», a la vuelta a Dios, quizás no ha sido nunca tan urgente como en esta sentencia. En efecto, el evangelista concede toda su atención a esta frase. Convencido de la benevolencia de Dios que ha puesto este signo único, espera ardientemente que su generación sepa reconocer y acoger al Hijo del hombre.

El v. 31 es polémico, en la medida en que Israel pensaba que iba a juzgar a las naciones al final de los tiempos. Jesús invierte la perspectiva y afirma que Israel será condenado por las naciones; los hombres, por una mujer. Supone además que «esta generación», es decir, el pueblo de Dios recalcitrante, será juzgada por el verdadero pueblo de Dios, ya que la reina del mediodía o los ninivitas representan a los gentiles, recientemente convertidos a Dios y verdaderos creyentes. El texto insiste en su fe: ella «escuchó» (cf. v. 28) la sabiduría de Salomón y los ninivitas «se convirtieron» al escuchar el kerigma de Jonás. La reina vino desde las extremidades de la tierra, es decir, tuvo que pagar un precio. Los ninivitas, señores poderosos, no vacilaron en hacer actos de penitencia. Todos se inclinaron: aquella ante el saber, la «sabiduría»; los otros, ante la revelación profética, el *kerigma*, la «proclamación».

La reina del mediodía se impondrá en el día del juicio, ya que se esforzó en ir a ver, se dejó convencer y finalmente admitió gozosa la verdad. Las palabras «y he aquí que hay algo más que Salomón aquí» son un eco ampliado del elogio a la reina del mediodía. Ella descubrió más de lo que le habían dicho. Los cristianos confiesan en Jesús, a pesar de que todavía está privado de su gloria definitiva, algo superior al rey Salomón. Salomón es a la vez el «hijo de David», heredero de las promesas, y el maestro de sabiduría, autor de los proverbios y experto en todas las ciencias y las artes. Pretender que hay aquí y ahora algo más que Salomón es atreverse a decir mucho en pocas palabras.

- V. 32: En cuanto a Jonás, representa no solamente al profeta, sino también y sobre todo al profeta desterrado, en la diáspora. La situación cristiana es similar: Jesús, profeta escatológico que, a los ojos de los cristianos, acoge a los convertidos de la gentilidad. Las vacilaciones de Jonás ante la predicación a los extranjeros recuerdan los escrúpulos de Jesús, y luego los de los primeros cristianos, en acoger a los gentiles en la comunidad cristiana. Pero también aquí hay algo más que Jonás, es decir, el Hijo del hombre, capaz de perdonar y de salvar.

SEGUNDA UNIDAD (11,33-36)

- En toda la sección en que Jesús aparece rodeado por la gente (vv. 24-36), se desarrollan las discusiones sobre un fondo dualista. A los que son felices por escuchar la palabra de Dios se oponen los que, ciegos ante Jesús, piden un signo. En este contexto es como hemos de interpretar la sentencia proverbial sobre la lámpara (v. 33) y la pequeña frase sobre el ojo (vv. 34-36).
- La frase proverbial sobre la lámpara sirve aquí de confirmación polémica. El reino de Dios ha llegado hasta el pueblo en el ministerio de Jesús, exorcista (v. 20) y predicador (v. 28). Ha comenzado, se ha «encendido» algo decisivo. En medio de las tinieblas -se acaba de evocar a Satán (vv. 18.21-22)- brilla una lámpara. «Los que entran» son las gentes que se han acercado a él y han cerrado filas en torno a él: pueden «ver» a Jesús, signo de Dios, y percibir la «claridad». Pero todavía es menester que quieran mirar bien y que tengan la capacidad de ver. Es lo que van a explicar los vv. 34-36.
- V. 34: Había entre los griegos varias teorías sobre la visión, en particular la de *la intromisión* (las partículas penetran en el ojo) y la de *la extramisión* (del ojo salen rayos luminosos). Esta última teoría, defendida por Parménides, los pitagóricos y los estoicos, coincide con una creencia difundida en la mayor parte de las civilizaciones, en particular la de Israel. *Ver es proyectar rayos de luz*. Por lo demás, el sol era considerado frecuentemente como un ojo y los ojos se comparaban con las estrellas (Pitágoras llamaba a los ojos «puertas del sol»). Pudo haber en este terreno una influencia de la filosofía griega en la literatura cristiana, pero no es probable que la sentencia «la lámpara del cuerpo es el ojo» sea la cita de un proverbio griego. Hay demasiados textos paralelos en la tradición hebrea (Dan 10,6: «Sus ojos eran como antorchas de fuego»; Zac 4,10: «Estas siete [lámparas] representan los ojos del Señor»).
Según la primera sentencia del v. 34, el ojo le permite al cuerpo, es decir, a la persona entera, ver en las tinieblas y, de este modo, vivir. Lo hace brillando como una lámpara, es decir, dejando que la luz irradie a partir de él mismo. El cuerpo representa entonces a los hombres y a las mujeres del pasaje anterior, v. 33, que, gracias a la lámpara que han puesto en su lampadario, pueden orientarse al entrar en la casa. El «cuerpo» tiene que compararse, no con los visitantes humanos, sino con una casa que recibe de su lámpara la iluminación necesaria. El «ojo» es ciertamente la «lámpara» del «cuerpo». Pero es preferible apoyarse en el pasaje siguiente (vv. 35-36), más que en elementos sacados de la otra parábola, la del v. 33.

Ya en el v. 34b el texto articulaba la calidad del cuerpo con la del ojo. Pero ¿en qué sentido va la interacción? O bien el ojo es bueno, porque ya lo es el cuerpo; o bien, en sentido contrario, el cuerpo se hace bueno porque el ojo, que es bueno, lo transforma. Pues bien, el siguiente versículo, v. 35, apela a *la responsabilidad personal*, y los adjetivos «sin malicia», «íntegro» y «malo», «malvado» de nuestro versículo, v. 34, favorecen una orientación moral. Estas observaciones mueven a conservar la segunda interpretación: «Cuando tu ojo está sin malicia, tu cuerpo también es totalmente luminoso; pero si es malo, tu cuerpo también es tenebroso».

¿De qué se trata? La dificultad de la interpretación se debe al doble registro de lo literal y de lo figurado, y al paso eventual del uno al otro. «El ojo» no debe tomarse en el primer grado, como tampoco «el cuerpo». «La lámpara» es *una imagen para comprender* una palabra («el ojo»), que no hay que tomar en sentido literal. La sentencia afirma que el ser humano tiene un órgano espiritual que lo pone en contacto con Dios y determina la totalidad de su vida de fe. El texto no supone que tengamos en nosotros mismos una «luz» interior. Tenemos una «lámpara». Tampoco dice que seamos capaces de encender o de apagar esta «lámpara»; pero tenemos que mantenerla, no dejar que se apague. La luz del «cuerpo» dependerá de la «lámpara», pero esa «lámpara» no es nada si no recibe de otra parte su «luz».

Por tanto, ese «ojo» puede ser «íntegro» (literalmente el hecho de no estar doblado, y figuradamente la simplicidad, la rectitud, la integridad, la sinceridad, la falta de malicia, a veces la generosidad) o «malo» (menos difícil de definir: es la maldad, la malicia, a veces la avaricia).

- V. 35: El verbo «mirar», «examinar», que Lucas introduce intencionadamente, forma también parte del vocabulario moral de la Iglesia primitiva. Una luz que es tiniebla: la expresión es paradójica y sugestiva. *Excluye toda posesión segura de la luz*. Esta puede perderse, apagarse. Razón de más para velar, para «mirar» que no sea así. Dar, con Lucas, un sentido ético a este versículo no excluye una perspectiva teológica: la luz interior proviene de Dios. No se trata forzosamente del Espíritu santo, sino de la parte que Dios nos ha repartido, de la participación en su Reino, de la palabra que ha hecho resonar, de la gracia que nos ha dado, de la luz que ha hecho brillar en nuestros corazones (2Cor 4,6), del aceite que permite que brillen las lámparas de las vírgenes prudentes (Mt 25,4.7.10).

Así pues, Lucas evoca una advertencia y una exhortación de Jesús dirigida a sus interlocutores críticos o escépticos: Dios no ofrece ningún otro signo más que la luz manifestada por Jesús. Pero es menester que cada uno se ponga en disposición interior para verla.

- El v. 36 permite la siguiente paráfrasis: así pues, si todo tu cuerpo es luminoso, todo será entonces luminoso. El impacto de la luz se va ampliando: desde ti hasta tu alrededor. Además, el tiempo pasa: desde ahora hasta el futuro. ¿Promesa de éxito misionero (cf. Mt 5,14-16 y Flp 2,15) o de glorificación escatológica (cf. Flp 3,21 y 2Cor 3,18)? Lo uno no excluye lo otro. Según la parte final del versículo, el creyente se hará luminoso, como se hizo en su primer encuentro con Cristo.

TERCERA UNIDAD (11,37-54)

- Jesús aquí se pasa un poco. Va contra las normas de la más elemental cortesía y, no contento con esta falta de elegancia, ataca a los que lo rodean. Verdaderamente insoportable, estos no se lo tolerarán (vv. 53-54). Este sabio que roza los límites de una loca imprudencia no deja de recordarnos a algún que otro filósofo griego y a algún que otro profeta hebreo. Como ellos, *Jesús intenta sacudir las conciencias* y hacerles admitir una nueva actitud doctrinal o moral. Esta es aquí la presentación lucana de Jesús; y esta es también la función teológica del episodio. La historia comienza con una amable invitación. Jesús, que acepta la invitación, se enfrenta con su anfitrión. Sin decir nada, el fariseo no consigue ocultar su sorpresa y su desaprobación. Jesús contraataca con una salva de tres maldiciones. Acudiendo en ayuda del anfitrión, otro invitado se echa al ruedo. Mal le van las cosas, ya que recibe a su vez otra tanda de latigazos. Jesús insiste en su actitud y no puede menos de recoger el fruto de sus excesos. A la amabilidad inicial responde la hostilidad final. Convertidos en adversarios, sus interlocutores organizan como reacción una contraofensiva. Este escenario inexorable es una reproducción en miniatura de todo el evangelio y, de este modo, prepara al lector para la muerte dramática de Jesús, profeta del Reino.

- Vv. 37-38: La invitación del fariseo es tan urgente que se dirige a Jesús mientras está hablando. Jesús acepta esta invitación en seguida, aunque su nombre no aparece nunca en esta perícopa -solo el título de Señor en el v. 39-, y se sienta a la mesa. El fariseo «ruega» a Jesús que venga a comer a su casa, lo «invita». «Almorzar» es tomar la comida, más ligera, de la mañana o del mediodía. «Sumergir», «bañar», «teñir» designa en un contexto judío las abluciones rituales, luego el bautismo de Juan y finalmente el bautismo cristiano. Las abluciones rituales, que solo se exigían a los sacerdotes en el AT, se habían extendido a todo el pueblo. La significación simbólica del agua había ganado en importancia, como demuestran los diversos movimientos bautistas dentro del judaísmo. El anfitrión de Jesús es un fariseo, uno de esos notables con los que Jesús disputa sobre la Ley. Constata con extrañeza, asombro y desaprobación la actitud inesperada de Jesús. La diferencia entre la conducta de Jesús y la de los fariseos no se debe a una percepción distinta de la higiene o de las buenas maneras; a los ojos de Lucas se debe a *otra concepción de la religión*.
- V. 39: El Señor replica con toda su autoridad: él sondea los corazones y conoce la reacción del fariseo, sin que este hubiera abierto la boca. Jesús opone una concepción interior a una concepción exterior de la religión. Lo que cuenta no es lo exterior de los objetos, sino lo interior del ser interior (el corazón humano): nótese el paso de «lo exterior del vaso y del plato», a «lo interior *de vosotros*». «Purificar» es *el verbo decisivo*. Lo que importa es una purificación que elimine lo que está lleno de rapacidad, de malicia. Esta purificación lleva por nombre *metanoia*, «arrepentimiento» y «conversión», y se manifestará por todo lo contrario a la malicia y la avaricia: la generosidad («dad... como limosna», v. 41).
- Vv. 40-41: Jesús deja explotar su cólera, ya que ha observado una perversión en el orden de lo puro y lo impuro en los fariseos. La polémica y la edificación no son incompatibles. Lo exterior y lo interior quedan subsumidos en la categoría de la creación. «El que hizo» designa al Dios creador. La actitud frente a Dios consiste en *santificar tanto lo interior como lo exterior*. Pero, v. 41, hay que comenzar por lo interior; y la consecuencia de ello será *una interioridad pura que lo purifica todo*, también lo exterior. A la rapacidad y a la malicia Lucas opone el don. «Lo que está dentro» no puede tratarse de lo que está en el interior de los platos, se trata de la interioridad de los corazones, hecha de rapacidad y de malicia. Se trata también del interior de los cofres que ha llenado esta avaricia. Se trata de ganancias deshonestas que el creyente, preocupado de la pureza, tiene que ofrecer como limosna. La actitud ante el dinero es en Lucas la prueba y el símbolo de la actitud ante Dios. El compartir y la generosidad son las expresiones de la fe y de la ética que él prefiere.
- V. 42: Lucas comienza aquí su primera serie de maldiciones. Se refiere a la práctica meticulosa del pago de los diezmos en detrimento de la práctica de las exigencias más fundamentales. Estamos en el corazón del tema. Si «la menta» es común a Mateo y a Lucas, hay divergencias en las otras dos plantas: Lucas habla de «la ruda» (una planta herbácea medicinal que entraba en el cálculo de los diezmos en el caso de que se la cultivase, pero no en el caso de que se la recogiera en estado silvestre). Lucas generaliza «y de toda legumbre» donde Mt 23,23 menciona «el comino». En cuanto a las grandes exigencias, cada evangelista sigue sus propias opciones: Lucas y Mateo tienen en común «el juicio» antes de separarse. Lucas añade «el amor de Dios»; Mateo, «la misericordia y la fe». Lo que los fariseos descuidan es la relación con Dios, que exige («juicio») y que ama («amor»). Solo una auténtica relación con Dios conduce a una existencia ética verdadera.
- V. 43: La segunda maldición reprocha a los fariseos su vanidad. «Aprecian» presumir en las sinagogas y recibir los saludos en las plazas públicas. Lo que el evangelista fustiga a través de las palabras de Jesús es una ética desviada del «amor». Lucas compara a los fariseos con los sepulcros y mantiene la relación entre la muerte y la impureza (mientras que la vida, don de Dios, hace referencia a la pureza). Tenéis una apariencia sana y limpia, pero estáis marcados por la muerte y la impureza. Por tanto, sois sepulcros que se ignoran a sí mismos y sobre todo que los demás ignoran. Y esto acarrea como consecuencia que, al entrar en contacto con vosotros, la gente se vuelve impura (consecuencia implícita, pero real). Por tanto, es culpa vuestra que provoquéis el mal, siendo así que vuestra misión es la de proteger el bien. Arrastráis a los demás al pecado, siendo así que debéis llevarlos a la santidad. ¡Terrible acusación para unos guías espirituales!

- V. 45: Un legista (un doctor de la Ley) se declara ofendido. Lucas dispone de tres términos para hablar de los doctores de la Ley. Designan la casta oficial de los expertos, los sabios, los doctores, los rabinos formados y consagrados. Algunos eran de tendencia farisea y tenían una función de líderes. La inserción de este versículo permite a Lucas dar un nuevo impulso a la disputa y abrir un segundo frente. Si Jesús atacó antes a los fariseos, ahora la emprende contra los legistas.
- V. 46: Jesús replica: «¡Ay también de vosotros, los doctores de la ley!». ¡Qué réplica y qué violencia para el pobre escriba que se imaginaba estar en regla! Como las otras, esta cuarta maldición tiene una estructura binaria. Primera afirmación: vosotros no cargáis con nada, es decir, no hacéis nada. Volvemos a encontrar aquí la oposición entre el decir y el hacer, contra la que se levanta la piedad cristiana, por ejemplo la Epístola de Santiago (Sant 2,12-17). El mal es más grave si se piensa que los que hablan son los dirigentes y que sus palabras no son bonitas promesas, sino *prescripciones impuestas* a los demás. Por un lado los fardos pesados, por otro los mandones que no hacen nada.
- Vv. 47-48: Quinta invectiva, que condena una incoherencia existencial y un abuso religioso. En el trasfondo, la convicción, heredada del Deuteronomio, de que el pueblo es rebelde y rechaza a los enviados de Dios. Esta autocrítica adquiere una forma extrema desde la época persa: *los verdaderos profetas pagan su compromiso con su vida*. Son mártires de sus propios compatriotas. A ello se añade la costumbre de la veneración de sus sepulcros. La sentencia no ataca esas construcciones religiosas, aunque tampoco parece ser favorable a ellas. Critica con vehemencia la contradicción que se da entre la veneración a esos mártires de antaño y la repetición de los mismos gestos y actitudes de los antepasados que, precisamente, condujeron a aquellas ejecuciones. No se acusa todavía a los escribas de asesinato, pero sí de complicidad. De ahí la ironía final: ciertamente edificáis, pero al querer honrar la memoria de los profetas perseguidos os colocáis, como testigos en una ejecución, al lado de vuestros padres perseguidores.
- Vv. 49-51: Las palabras de la Sabiduría de Dios sirven de confirmación casi-bíblica de la maldición de Jesús (vv. 47-48) y de sentencia de un oráculo de juicio («por eso»). Jesús trazó el diagnóstico que sitúa a los hijos al lado de sus padres más que al lado de los hijos de la Sabiduría (7,35), es decir, los enviados de Dios. La Sabiduría de Dios no se identifica con Jesús. Es más bien el equivalente de la Palabra de YHWH el que se expresa por labios del profeta. Pero el tiempo ha pasado: la palabra de Dios se ha hecho Escritura. La Sabiduría de Dios, esa colaboradora directa de la creación y de la redención, esa niña pequeña que se ha hecho mayor, se pone a hablar. Promete una oleada ininterrumpida de profetas y de apóstoles. Los profetas, centinelas de la antigua economía; los apóstoles, testigos de la nueva. A esta fidelidad en el envío responde una continuidad en el rechazo; a la historia de la salvación, la historia de la negativa; al ofrecimiento de la vida, el odio a la vida, el asesinato y la persecución. A la sangre ofrecida, la sangre derramada.
Esta situación (v. 49) no puede durar. Se impone una consecuencia («de manera que»): toda esa sangre derramada, desde el primer justo asesinado, Abel, hasta el último, Zacarías, tiene que ser recuperada. Debe exigírseles a quienes la derramaron: «esta generación», bien como heredera de la culpa de sus padres, bien como designación de la raza de Israel refractaria a la llamada de Dios. ¿Qué Dios es el que aquí se expresa? ¿El Dios vengador, que va a castigar exigiendo vida por vida? ¿Qué Sabiduría? ¿La que equilibra sabiamente la falta y el castigo, o la que coincide con la locura de la cruz que perdona?
En el v. 51b, Jesús vuelve a tomar la palabra y hace suyo el juicio de la Sabiduría. No está dicho que se hable de venganza. Tiene que tratarse de derecho, de orden y finalmente de armonía. No es justo que las víctimas sigan sacrificadas. No es justo que los verdugos tengan la última palabra, que triunfe el más fuerte. Los cristianos, y luego Lucas con ellos, hacen suya la crítica de Jesús contra Israel con una violencia que explican las persecuciones que tuvo que sufrir la Iglesia primitiva. En nuestros días, tenemos que dirigirla contra todos los agresores y opresores.
- V. 52: Lucas pone al final de este recorrido lo que figura al principio en Mateo. Los adversarios, en este caso los doctores de la ley, impiden a los fieles entrar en el reino de Dios. Este Reino se concibe como un palacio, un templo o una ciudad. Para entrar en él hay que pasar por una puerta. Según Lucas, han robado la llave («habéis quitado la llave»). El efecto es: ellos no pueden entrar (hemos de imaginar que perdieron la llave que habían robado) y mucho menos pueden hacerlo las personas de las que ellos están encargados. Ellos se lo han impedido. En Mateo, se trata del Reino, en Lucas del «conocimiento». Para él, se trata de la inteligencia de la fe,

de la sabiduría de la conversión, del conocimiento del proyecto de Dios en la historia y de su voluntad en la suerte y en el mensaje de Cristo.

- Vv. 53-54: Terribles en su contenido, estos dos versículos están bien redactados. El banquete termina tan bruscamente como había comenzado. Jesús sale «de allí», los escribas y los fariseos comienzan a encarnizarse, literalmente a «tener» (se sobrentiende, bilis) «de forma espantosa», «terriblemente». Estos sentimientos se manifiestan aquí por las preguntas incesantes («arrancarle opiniones») y las trampas («tendiéndole trampas») para hacerle hablar («para cazar algo de su boca»). Si comienzan con ataques verbales, los adversarios acabarán, en el momento de la pasión, con gestos violentos. Y entonces vendrá el arresto, la condenación y la ejecución de Jesús.

Evangelio en miniatura, nuestra perícopa es también un anuncio del tema, una de esas acciones simbólicas que practicaban los profetas de Israel como un oráculo de desgracia o de felicidad.

Paso 1 Lectio: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo que adviertas.

Paso 2 Meditatio: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 Oratio: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Petición, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 Actio: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza?